

funde su rictus tetánico con una carcajada.

Sólo me queda por citar la buena adaptación al castellano de Alberto Cardín, que nos regala también con un glosario para lectores no entendidos, primer trabajo de este género en nuestro país, y que hace más asequible a los no iniciados el mundo de lentejuelas y falsas perlas que en la novela se cuenta. ■ E. HARO IBARS.

PRENSA

Muerte de "Redención"

Un semanario titulado "Redención", que llevaba treinta y nueve años publicándose, ha desaparecido en estos días, pasando su muerte totalmente inadvertida. Apenas una escueta noticia en las páginas interiores de un par de diarios y ni un solo adiós emocionado ni nadie que llorase públicamente su defunción. Para muchos que en una época lejana hubieron de ser lectores suyos, ha sido una sorpresa enterarse de que "Redención" continuaba editándose; para mí, personalmente, que no soy ni aspiro a ser otra cosa que periodista, la sorpresa ha consistido en comprobar que, por vez primera en mi vida, me alegra la desaparición de un periódico.

Se trataba, desde luego, de un periódico singular, de una experiencia original del franquismo que durante tantos años padeció el pueblo español. Semanario para "los reclusos y sus familias", "Redención" apenas circuló nunca fuera de los numerosos recintos carcelarios de la España de Franco. Órgano oficial del pomposamente denominado Patronato Central de Nuestra Señora de la Merced para la Redención de Penas por el Trabajo —luminosa idea del padre jesuita Pérez del Pulgar destinada a la mejor explotación de los presos políticos—, tenía como primordial objetivo convencer a las víctimas del fascismo de la generosidad y dulzuras del mismo régimen que les mantenía encerrados. Único periódico autorizado en el interior de las prisiones, debía realizar un lavado de cerebro de los reclusos para que, abandonando sus viejas y criminales ideas, admirasen agradecidos y atónitos el sacrificio de los elegidos de la Providencia que estaban salvando a la Patria.

Preciso es reconocer que "Redención" no tuvo mucho éxito en su labor proselitista y no convenció a nadie que no estuviera convencido por anticipado. Sin embargo, hay que admitir que llegó a alcanzar tiradas considerables, especialmente en los años comprendidos entre 1939 y 1946 en que la población reclusa —pese a las bajas causadas por el hambre y las ejecuciones— llegó a las cotas más altas. Para conseguir esa difusión, "Redención" ofrecía a los suscriptores, aparte de papel para utilizarlo en sus necesidades, una comunicación y una carta más cada mes entre presos y familiares, motivo suficiente para que unos y otros adquirieran el semanario, sin contar con que en bastantes prisiones era condición sine qua non para desempeñar cualquier destino en el recinto penitenciario el pago de la suscripción correspondiente.

Aparentemente el periódico estaba escrito por algunos reclusos convenientemente aleccionados, que disponían de una especie de redacción en una celda de la prisión madrileña de Porlier. Los presuntos redactores disfrutaban de algunas ventajas carcelarias y recibían, igual que los colaboradores, miserables retribuciones económicas por su labor, soportando como contrapartida la clara hostilidad del resto de la población reclusa.

Quienes dirigían, orientaban y controlaban cuanto publicaba el semanario estaban, naturalmente, fuera de las cárceles. Procedían en su totalidad de las filas del catolicismo ultramontano y militante, lo mismo que el

padre Pérez del Pulgar. Uno de sus cerebros era el famoso director de Prisiones don Máximo Cuervo, general auditor y director durante largos años de la Biblioteca de Autores Cristianos. Otra de sus figuras fue un redactor de "El Debate" —José María Sánchez Muniaín, secretario mucho tiempo del luego cardenal Angel Herrera Oriá— que actuaba como editor responsable del semanario, que se tiraba en los talleres penitenciarios de Alcalá de Henares, utilizando la maquinaria incautada a un diario republicano, "El Diluvio", de Barcelona. ■ E. DE GUZMAN.

CINE

"Equus"

Sidney Lumet no es precisamente lo que puede llamarse un gran autor cinematográfico. Sus películas, generalmente correctas desde el punto de vista de la pulcritud y la eficacia, suelen carecer de imaginación, de sensibilidad o al menos de una sensibilidad capaz de reconstruir el texto original de la película en una obra personal y de nuevo interés. Este juicio sobre Lumet tiene validez sobre todo en lo que se refiere a las adaptaciones de obras de teatro que ha dirigido: "Panorama desde el puente" y "Doce hombres sin piedad", entre otras.

Lo que es curioso es que estos dos títulos tenían un clasi-

cismo mediocre, pero que ayudaba a respetar el texto original sin aportación novedosa alguna por parte de Lumet. En "Equus", versión de la famosa obra de Peter Shaffer, lo peor de la película es precisamente lo que Lumet inventa; su sentido de la poesía (el adolescente con los caballos) o la sangrienta secuencia de los ojos de los caballos. Es decir, cuando la situación dramática ha obligado a salir del despacho del psiquiatra (prácticamente el único lugar de acción de la obra de teatro), Lumet ha decidido a toda costa que no se note el origen teatral de lo que rueda. Un afán ingenuo que viene ampliamente compensado por los largos monólogos del doctor.

Naturalmente estos comentarios se refieren a las diferencias que puedan existir entre teatro y cine, entre Shaffer y Lumet. Porque el sentido del primitivo "Equus" permanece en lo esencial inalterable: la fascinante historia del adolescente enamorado de sus caballos, pero que en un momento de su vida es capaz de asesinarlos. Las explicaciones psiquiátricas al problema surgirán lógicamente, e incluso el chico llegará a superar el origen de sus traumas. Pero en ese proceso, el doctor que le atiende llegará a dudar de la validez de su trabajo, de la "curación" en sí misma, puesto que si el chico se adapta a la "normalidad" ha perdido, en cambio, lo mejor de sí mismo. Sus dudas, sus angustias, sus razonamientos, la injusticia básica del entorno en el que vive, continuarán vivas en el médico, atentarán contra su seguridad oficial, contra su ciencia indiscutible. Más vale, en definitiva, vivir enloquecido por alguna razón válida que desaparecer en la mediocridad de un ambiente gris y cotidiano; si esa era la tesis principal de la obra de teatro, sigue siéndolo en la adaptación cinematográfica de Peter Shaffer. Lo único que puede diferenciarlas es esa "imaginación" aportada por el director cinematográfico, esa hoba batalla planteada en torno al lenguaje de los distintos medios.

Richard Burton demuestra, una vez más, su gran capacidad interpretativa y justo es señalar a Peter Firth, el paciente. Entre ambos se cuece la base de esta historia, éxito teatral en nuestro país durante varias temporadas y éxito internacional desde 1973, fecha de su estreno. Traducida a varias lenguas, "Equus" se ha conformado con un suceso insólito que tenía que tener, lógicamente, su versión cinematográfica. Aunque ésta no vaya mucho más allá. ■ DIEGO GALAN.



"Equus", de Sidney Lumet.